

**Gonzalo Andrés Salazar Vergara**

**¿Identidad nacional o identidades fuera de lo nacional?**

**José Donoso a través de dos historiografías literarias chilenas**

Universidad de Chile

[desterritorializado@gmail.com](mailto:desterritorializado@gmail.com)

## **Introducción**

En este ensayo mi interés es indagar cómo diferentes lecturas de la identidad en la obra de José Donoso permiten iluminar la situación textual de dos historiografías literarias chilenas, ambas publicadas el año 2004. La primera historiografía literaria que analizaré consiste en el texto *Grandes momentos de la literatura chilena*, de Maximino Fernández Fraile. La segunda, es el trabajo crítico de Leonidas Morales, *Novela chilena contemporánea: José Donoso y Diamela Eltit*. A lo largo del presente escrito, argumentaré que el primer texto ve en Donoso una elaboración esencialista y excluyente de identidad nacional.<sup>1</sup> Mientras tanto, el segundo escrito permite avizorar, en los textos del mismo autor, identidades múltiples que se encuentran más allá de la matriz de inteligibilidad de nuestra cultura.<sup>2</sup> De esta manera, en un sentido político, ambos textos funcionan de maneras diametralmente opuestas. Así Fernández parece coadyuvar al reforzamiento de un imaginario nacional construido y sustentado por una élite. Morales, mientras

---

<sup>1</sup> Judith Butler muestra, en *El grito de Antígona*, cómo el Estado-nación instituido según el modelo hegeliano se construye sobre la exclusión de una serie de cuerpos, entre ellos, el de la mujer.

<sup>2</sup> Siguiendo a Butler en *El género en disputa*, el lenguaje produce una matriz de inteligibilidad de los cuerpos, la que determina la cualidad humana de una persona basada en la coherencia entre su sexo, su género y su deseo. Aquellos cuerpos que rompen con esta coherencia, pasan a volverse ininteligibles, es decir, adquieren un estatus inferior a lo humano.

tanto, intenta abrir el lugar de lo nacional a identidades de género y sexualidades situadas en sus márgenes. Mi análisis considera las novelas *El lugar sin límites* y *El obsceno pájaro de la noche*.

Como mostraré a continuación, el texto de Fernández concibe la identidad nacional chilena a modo de una *unidad* pre-histórica (de hecho, *geológica*). En este escenario, la literatura –y José Donoso al interior de ella– es presentada como una feliz concreción de ese “ser” nacional, como un “subproducto” de esa identidad pre-establecida. A contrapelo de ello, Morales establece una periodización de la novela contemporánea chilena, en base a los (cambiantes) conceptos de *narrador* y de *sujeto*. A comienzos del siglo XX, las transformaciones en la identidad de estos conceptos, al interior de los textos literarios, significaron un cambio de paradigma, de la literatura realista a la literatura de vanguardia. Entonces, el narrador y el sujeto dejaron de ser identidades unitarias, y comenzaron, progresivamente, un movimiento de desintegración y fragmentación, que culminó en *El obsceno pájaro de la noche*. En este y otros textos de Donoso los lugares siempre precarios del narrador y del sujeto despliegan las condiciones que permiten la aparición de nuevas identidades, antes impensables. Entre ellas algunas llamaron particularmente mi atención por su importancia y persistencia en los textos donosianos: aquéllas que, sin poder ser catalogadas de homosexuales, al menos se hacen parte de un juego y un deseo homoeróticos. La literatura se incorpora, entonces, a una apertura que contiene, de manera implícita, una crítica radical a la formación nacional y cultural chilena.

La obra de Morales –y no así la de Fernández– forma parte, de este modo, del movimiento de expansión del campo de estudio que anima los nuevos proyectos de historiografía literaria, incorporando “los ‘hechos históricos’ que se relacionan con el campo literario, es decir, el contexto social, cultural, económico, político, etc., en que se realizan las producciones literarias, así como la literatura como institución, como instancia de construcción de *identidades* colectivas y de la memoria colectiva” (Mackenbach xiii). Son estas nuevas identidades colectivas, las que, en el contexto latinoamericano contemporáneo, adquieren cada vez mayor importancia.

## **Grandes momentos de la literatura chilena, o la identidad nacional como esencia**

Comenzaré tomando algunos fragmentos de la introducción de *Grandes momentos de la literatura chilena*, que me parecieron esclarecedores de su situación textual, sus recursos analíticos y las identidades que construye e interpela. Luego me centraré en el abordaje esbozado hacia la obra de la llamada “Generación de 1950”, en general, y de José Donoso en particular.

El libro parte con la siguiente declaración:

Gabriela Mistral, Vicente Huidobro, Pablo Neruda, Nicanor Parra: sólo estos cuatro nombres bastarían para asegurar a las letras chilenas un lugar importante en el concierto latinoamericano y, por qué no decirlo, mundial. (7).

Desde este número selecto de autores canónicos introduce el tema de la nación y del *lugar importante* que le cabe a la literatura nacional, gracias a estos ilustres personajes. Claramente, el acento está puesto en la figura del autor, concebido como genio creador de obras de arte. Esta noción de autor ha sido deconstruida radicalmente por los trabajos de Roland Barthes y Michel Foucault desde fines de los años 60.<sup>3</sup> En ambos, el autor tiende a desaparecer para privilegiar los flujos textuales, sociales y culturales que conforman los textos literarios; ahora concebidos como multiplicidad irreductible, rizoma (ver Deleuze y Guattari 25-26).

Del elogio del autor el texto se desliza hacia la invocación de una *esencia nacional* chilena, que prefiguraría los temas y motivos tratados por nuestra literatura:

Podríamos destacar dos elementos importantísimos que, sin duda, han servido de motivación, y luego de objeto temático, para despertar y canalizar la vena artístico-literaria de muchos chilenos. Un gran estudioso de estos asuntos, Eduardo Solar Correa, lo ha expresado sintéticamente con esta afirmación definitiva: *en nuestra literatura “no se conoce sino un tema: Chile y las guerras de Chile”*. En efecto, el medio geográfico y los acontecimientos que *han forjado nuestra nacionalidad*, golpearon siempre tan fuertemente las fibras más

---

<sup>3</sup> En efecto, el clásico ensayo de Roland Barthes, *La muerte del autor*, es de 1968; mientras que la conferencia *¿Qué es un autor?*, de Michel Foucault, fue dictada en 1969.

hondas de los hombres de esta tierra, que muchos, acusando el impacto, han experimentado la necesidad de entregar su sentir frente a ellos mediante al arte de la palabra. (8; las cursivas son mías, G.A.S.V.).

Fernández halla los motivos de la literatura chilena en el hostil medio geográfico y en la historia de continuas guerras, que juntas “han forjado nuestra nacionalidad”. De esta manera, los supuestos factores que han conformado la identidad nacional aparecen como instancias legitimadoras de discursos surgidos con mucha posterioridad a ellos. Es así como el texto se sitúa en una cadena discursiva mayor que él: se trata del complejo proceso (discursivo) de construcción de la identidad nacional. Éste fue implementado exitosamente por las élites dirigentes durante los siglos XIX y XX.<sup>4</sup> En esta labor colaboró –y textos como el analizado aún colaboran– la institución literaria, haciéndose parte de una concepción mítica y excluyente de lo nacional. Mítica, porque fundó el carácter nacional a partir de su intrincada y “hostil” geografía, que habría dado a los hombres chilenos –pero no a las mujeres– un carácter austero y cierta resistencia a la adversidad “propia” del paisaje. La guerra de Arauco, con sus (falsos)<sup>5</sup> doscientos años de duración, complementó este panorama de continuas reminiscencias míticas y épicas. Y excluyente, porque el hombre sujeto de derechos universales, heredero de la Revolución Francesa y pilar de la nación, pronto se reveló como el hombre blanco o criollo, que es también propietario de la tierra y los medios de producción. La nación chilena, como el conjunto de las construcciones nacionales latinoamericanas, se forjó como un proyecto de élites. Y para emerger como tal, tuvo que excluir de sí al mundo popular y a toda subjetividad diversa.

Al mismo tiempo, siguiendo a Fernández, la literatura chilena sería un producto de esta conformación limitada de la identidad nacional. En esto, la historiografía literaria devela – paradójicamente– su alejamiento de lo “literario” y su cercanía con un discurso ideológico.

---

<sup>4</sup> Para un análisis minucioso de los albores de la construcción histórica de la nación chilena, ver el estudio de Pinto y Valdivia Ortiz de Zárate.

<sup>5</sup> En el debate historiográfico chileno está ampliamente cuestionada la noción de “Guerra de Arauco” como un proceso ininterrumpido de enfrentamiento entre los colonizadores españoles y el Pueblo Mapuche, acaecido los dos primeros siglos desde la llegada europea. Hoy en día, se ha puesto atención en el rico intercambio comercial y cultural que se desarrolló en la zona de frontera del Biobío durante la Colonia (ver Villalobos 92).

Porque estructura el edificio literario en razón de la supuesta unidad y coherencia (preconcebida) de la nación, no de una (des)unidad o (in)coherencia rastreada y luego seguida en los propios textos literarios. Factores extra-literarios pesan, entonces, más que los elementos intra-literarios en la construcción de esta historiografía literaria.

Es así como el libro contiene, a todas luces, rasgos provenientes de las historiografías literarias practicadas antes de la década de 1960, como indica Leonidas Morales:

Hasta la década de 1960 [...] los estudios existentes [...] son en general el producto azaroso e incontroladamente subjetivo de una lectura impresionista de los textos, o de otra lectura, tal vez más persistente en el tiempo, con resabios positivistas, que da cuenta de ellos a la luz de la biografía del autor, de tales o cuales fenómenos o acontecimientos sociales, pero asumidos todos como instancias apriorísticas, a las que se les atribuye una función determinante, lineal, en la asignación de sentido. El texto como punto de partida, y no de llegada, de su lectura crítica, como espacio de iluminación, y *no como simple reflejo*, es una conquista de la profunda renovación en la teoría y la crítica que se produce precisamente en la década señalada, la de 1960. (*Novela chilena* 20-21; las cursivas son mías, G.A.S.V.).

Estos elementos también pueden ser leídos como un ejemplo, al interior de *Grandes momentos de la literatura chilena*, de la metafísica de la presencia que, según Derrida (ver 385), hace de centro u origen en torno al que se estructura la historia occidental (385):<sup>6</sup>

Es cierto: Chile, como unidad telúrica, *tiene algo* que nos hace quererlo y expresarlo; ese algo –*dolorido recuerdo*– que movió al Padre Alonso de Ovalle a escribir su obra en países lejanos, o que llevó al Abate Molina, en su destierro jesuita, a pedir agua fresca de la cordillera en el momento de su agonía; ese algo que sigue motivando a nuestros más destacados escritores actuales, estén donde estén, a seguir buscando *sus raíces*

---

<sup>6</sup> En su difundida conferencia *La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas* Derrida señala: “Toda la historia del concepto de estructura [...] debe pensarse como una serie de sustituciones de centro a centro, un encadenamiento de determinaciones del centro. El centro recibe, sucesivamente y de una manera regulada, formas o nombres diferentes. La historia de la metafísica, como la historia de Occidente, sería la historia de esas metáforas y de esas metonimias. Su forma matriz sería [...] la determinación del ser como *presencia* en todos los sentidos de esa palabra. Se podría mostrar que todos los nombres del fundamento, del principio o del centro han designado siempre lo invariante de una presencia (*eidōs, arché, telos, energeia, ousía, aletheia*, trascendentalidad, consciencia, Dios, hombre, etc.).” (384-385).

*más profundas* y valiosas en algún rincón material o espiritual del territorio patrio. (Fernández 8; las cursivas son mías, G.A.S.V.).

La metáfora geológica sostiene un *algo* que sería propio de Chile (¿su esencia? ¿su ser?). El significante “algo” remite a una presencia, que se conforma de la (supuesta) geografía indomable. Metonímicamente, esta redundancia en el rigor impuesto a quienes viven en esta tierra, *dolorido recuerdo*. La imagen es ambivalente, pues Chile, a pesar de ser una “tierra de catástrofes”, y precisamente debido a ello, es el lugar que convoca en la hora de la muerte, y donde la literatura encontraría *sus más profundas raíces*, es decir, su origen. El texto propone así una esencia nacional bajo la forma de la metafísica de la presencia. Origen remoto, geología cerrada a cualquier relectura, el *ser* de Chile como *presencia*, alinea el texto con tradiciones sospechosas de coadyuvar a la manutención de un orden social jerárquico y excluyente, por medio de una construcción estrecha e ideológica de la identidad nacional.

El texto pone después de la introducción un apartado llamado “Literatura chilena: tendencias y generaciones”, donde establece una clasificación de nuestra literatura de acuerdo a períodos históricos, los que siguen, en su mayoría, las tendencias estéticas emanadas de la metrópoli. A continuación, reproduzco tan sólo sus títulos: “1. Período Prehispánico; 2. Siglo XVI. Período de la Conquista. (Renacimiento); 3. Siglo XVII. Período de la Colonia. (Barroco); 4. Siglo XVIII. Período de la Colonia. (Neoclasicismo); 5. Siglo XIX. Período de la Independencia. (Neoclasicismo); 6. Siglo XIX. Tendencia Romántica; 7. Siglos XIX y XX. Tendencia Naturalista; 8. Siglo XX. Tendencia Superrealista; 9. Siglos XX y XXI. ¿Hacia dónde?” (11-14).

Este modelo clasificatorio tiene sus antecedentes en el modelo generacional de Cedomil Goic, que

nació sin embargo bajo el signo de la sospecha para quienes la historia de la novela chilena moderna (y de toda historia cultural) parecía algo menos uniformable, algo más complejo e imprevisible de lo que el modelo admitía, y terminó finalmente perdiendo validez o confiabilidad, por su apriorismo, por el empleo de

conceptos de definición nunca satisfactoria como el de “tendencia”, por el elemento de rigidez (Morales, *Novela chilena* 23).

Al mismo tiempo, y como adelanté al comienzo, clasificar los textos siguiendo un estricto orden cronológico parece referir al deseo de constituir una noción unitaria y extra-textual de literatura (e identidad) nacional. Sin adentrarse demasiado en los flujos intra-textuales, privilegia la continuidad por sobre la ruptura, orquestando una historia literaria nacional que recorre los caminos ininterrumpidos de la literatura metropolitana. El énfasis está puesto en la similitud y no en la diferencia de las producciones literarias latinoamericanas. El subtexto de todo ello es el supuesto progreso alcanzado por nuestras literaturas (y naciones), siempre en relación con el modelo europeo. Además de anticuado y nacionalista, el texto invoca la dominación cultural colonial –y su continuación postcolonial– como el paradigma a seguir por nuestros escritores.

Vistos los presupuestos teóricos y políticos que sitúan al texto, me detendré ahora en el abordaje que éste realiza a la compleja y extensa obra de José Donoso. El capítulo dedicado a Donoso se titula “Los abismos humanos” y comienza así:

La literatura chilena alcanzó durante el siglo XX altísimos niveles en el género lírico –los nombres de Gabriela Mistral, Vicente Huidobro, Pablo Neruda y Nicanor Parra dan sobradas muestras de ello–; pero no sucedió lo mismo en la narrativa, en la que los nombres *realmente prestigiosos* escasearon. Entre ellos - Manuel Rojas, Marta Brunet, María Luisa Bombal y algunos otros–, hay una figura contemporánea de gran relevancia: José Donoso. (141; las cursivas son mías, G.A.S.V.).

La cita no sólo repite textualmente, palabra por palabra, una frase de la introducción. También reitera, en poesía y en narrativa, el anacronismo que la hace invocar a “grandes nombres” productores de “grandes obras”. Al mismo tiempo, parece denostar la narrativa en comparación con la poesía, que cuenta con más nombres *realmente prestigiosos*.

¿De dónde les viene el mentado prestigio? Una posible respuesta sería que los poetas canónicos anteriores cuentan con amplio reconocimiento internacional, no así los narradores. En

cualquier caso, me parece una afirmación arriesgada, sostenida, como ya señalé, en referentes teóricos obsoletos.

En el texto, Donoso es situado, como es común, junto a un grupo de escritores y escritoras denominados Generación de 1950. Entre ellos se encuentran “Jorge Edwards, Guillermo Blanco, Mercedes Valdivieso, Enrique Lafourcade, María Elena Gertner, Jaime Valdivieso o José Manuel Vergara” (141). Ellos y ellas habrían sido parte de un clima cultural particular, el existencialismo:

Hijos de una época históricamente compleja y difícil, estos escritores *reflejan* en sus obras el sentimiento existencialista *que se dio en Europa* y son críticos radicales de un mundo que estiman decadente y que necesitan destruir en sus creaciones, *para abrir espacio* a otro, mejor, que no alcanzan a sugerir. (141; las cursivas son mías, G.A.S.V.).

Es el existencialismo a la europea el que, de acuerdo al escrito de Maximino Fernández, queda *reflejado* en las novelas de estos autores. A la vista de los estudios literarios actuales, el texto, más que reflejar un clima cultural, lo *ilumina*, como ya expuse con Morales. Además, me parece sospechosa la obliteración del referente y el contexto de producción de ciertas novelas. En el caso que me ocupa, la obra donosiana, es evidente que si bien esta refiere y critica una decadencia generalizada, no constituye en modo alguno un sentimiento existencialista únicamente  *europeo*. Por el contrario, a mi parecer, tanto las grandes familias como los campesinos y proletarios de sus novelas se desenvuelven en un medio de elementos típicamente chilenos (y latinoamericanos), no metropolitanos. Omitir la inmensidad de referencias al valle central chileno o a la ciudad de Santiago, continúa la labor de quienes han querido ver en nuestra literatura un fiel reflejo de las tendencias emanadas de Europa. Paradójicamente, estas afirmaciones están presentes en un libro que dice apelar firmemente a la esencia nacional. Deja en claro, de este modo, que esa esencia es concebida como una herencia europea. Identidad traída desde el viejo continente por los conquistadores españoles, a la que sus descendientes criollos se encargaron de dar forma bajo un esquema acorde a sus intereses de clase. Por esto se revela como elitista, autoritaria y excluyente. Frente a ello, es necesario insistir en las mixturas y



negociaciones (entre los referentes culturales europeos y americanos) que constituyen el entramado de las obras de José Donoso.

El imaginario donosiano al mismo tiempo que denuncia la crisis de un mundo que se precipita hacia su fin (el mundo que el autor conoció) pone en práctica una crítica demoledora de él. Como señala la cita anterior, cuando el mundo es destruido, *se abre un espacio* a otro mundo mejor. Este movimiento de destrucción y apertura podría anticipar el movimiento deconstructivo derridiano como inversión de las jerarquías establecidas entre pares de conceptos, que abre la escritura a la operación de la *différance*. Así es como lo han visto también otros críticos contemporáneos, a quienes trabajaré en la segunda parte de este ensayo.

Algunos de los temas tratados por Donoso y la Generación de 1950 son, tal y como señala el libro: “la vejez, a menudo esperpéntica; el desencanto y la violencia, la evasión en el desdoblamiento y el mito, todo ello ubicado en espacios sórdidos, cerrados y laberínticos, que configuran atmósferas hostiles” (141). Sin embargo, Fernández hace transitar estos motivos por una filiación que aún es estructuralista. La densidad y calidad alcanzadas por las obras de estos escritores y escritoras es interpretada como signo de la autosuficiencia y hermetismo de la Obra de Arte:

[Los miembros de la Generación de 1950] cambian el modo de representación de la realidad de la tradición realista moderna a un modo poético de presentación de la irrealidad. Y en otro sentido, toman conciencia del valor propiamente literario de sus obras, las *que se afirman en su estructura* y en su lógica interna, logrando así *la calidad hermética de objetos artísticos autosuficientes y autónomos, desligados de referentes externos*. (141-142).

Dada la renovación teórica y crítica puesta en marcha desde la década de 1960, hoy en día es imposible desestimar, en los estudios literarios, el contexto de producción de un texto literario. Más aún, ese contexto *se encuentra al interior* del propio texto. El libro hace gala, una vez más, de herramientas conceptuales desactualizadas y ampliamente criticadas.

El tratamiento de la obra donosiana en sí misma, teniendo en cuenta los fines didácticos del texto, se limita a dar impresiones generales y a análisis un tanto someros. Por ejemplo, es fácil estar de acuerdo con una afirmación descriptiva como la siguiente, referida a las novelas *Este Domingo*, *El lugar sin límites* y *El obsceno pájaro de la noche*:

[L]o grotesco, lo indeterminado, la caída en el caos, la ambigüedad, la desintegración, lo monstruoso, lo laberíntico, van dándose en un crescendo tremendo que concluye con la increíble explosión imaginativa de la última obra mencionada [*El obsceno pájaro de la noche*]. (143).

Sin embargo, no comparto el modo en que esta materia textual es *organizada*. El estructuralismo operante en el párrafo anterior, parece ir de la mano con una lectura binaria y dialéctica de la propia obra donosiana. De este modo, y en relación con la novela *Coronación*, el texto señala:

[S]e evidenciaba ya la *antítesis* donosiana permanente entre un orden de normas represivas, que deforma la personalidad de los personajes, convirtiéndolos en simples máscaras sin sentido que obedecen ciegamente a la norma, y un orden instintivo que lucha por expresarse *para restaurar el equilibrio roto* por aquél y volver a una vida *auténtica*. (142).

El juego dialéctico es presentado bajo la forma de una antítesis, entre las normas represivas propias de la cultura y el mundo de los instintos. La síntesis sería la restauración (o al menos, la voluntad de restauración) de un cierto equilibrio entre ambos. Si bien a primera vista esto podría decirse de algunos personajes de *Coronación* (pienso sobre todo en el protagonista, Andrés Ábalos), creo que esta lectura es excesivamente simplista. La obra donosiana se encuentra atravesada por flujos textuales y de deseo mucho más complejos. En estos me detendré a continuación.

## Identidades múltiples en Morales, Eltit, Cánovas y Barcellos

La escritora y académica Eugenia Brito comenta sus impresiones del texto de Morales:

El aporte analítico que este libro hace a la cultura local consiste en establecer *una arqueología foucaultiana de la historia de la narrativa chilena contemporánea*, despejando muchos de sus sentidos, postulando umbrales, *discontinuidades y saltos*. (Brito 239; las cursivas son mías, G.A.S.V.).

A contrapelo del conjunto anterior, esmerado en construir una historia literaria chilena unitaria, el texto de Morales se desliza hacia sus rupturas. Con ello realiza un viaje por los márgenes de la institución narrativa y literaria, visibilizando la transformación de sus recursos escriturales, y desde ahí, dando cuenta de las fragmentaciones en la identidad del narrador y del sujeto. El mismo Morales aclara su propósito:

construir una imagen de la historia de la novela chilena contemporánea que destaque sólo sus momentos decisivos, entendiendo por tales aquellos puntos de ruptura, de inflexión y tránsito que marcan la dirección y las grandes etapas de su desarrollo (*Novela chilena* 24).

El académico recalca en cuatro novelas que, para él, constituyen hitos fundamentales en la conformación de la novela contemporánea en Chile: *La última niebla* de María Luisa Bombal, *Patas de perro* de Carlos Droguett, *El obscuro pájaro de la noche* de José Donoso y *Lumpérica* de Diamela Eltit. Además, hace mención especial del texto *El loco estero*, de Alberto Blest Gana, ejemplo acabado de la literatura realista (no contemporánea), al mismo tiempo que paradigma de narrador y sujeto unitarios, contra los que se levantó la vanguardia.

Como ya adelanté más arriba, Morales analiza estas novelas desde los conceptos de *narrador* y de *sujeto*. Ambos conceptos son instancias interdependientes, y sus identidades respectivas son construcciones históricas, susceptibles de transformaciones. Por ejemplo, la literatura realista participaba de un narrador y un sujeto unitarios, porque aún estaba inmersa en un período de la modernidad en que el narrador oral y el receptor componían cierta

“experiencia”, o “marco de inteligibilidad” (Martínez Bonati 6). En cambio, en la literatura vanguardista:

destruida ya la identidad de la experiencia [...] el narrador no es ya más una instancia soberana, el depositario de un saber confiable sobre las cosas y el mundo, del cual el personaje (el sujeto) era su fábula, o su parábola. Ahora el eje del saber se ha desplazado desde el narrador al personaje como soporte del sujeto. A un personaje (a un sujeto) entregado en principio a sí mismo, a sus propios límites, a su propia subjetividad. En resumen: a su propia inmanencia. Por eso, con el desplazamiento del eje del saber en la forma descrita, éste, el saber, necesariamente se minimaliza. (Morales, *Novela chilena* 32).

El mismo Morales señala que, desde que el sujeto descansa en el personaje, su saber queda abierto a espacios de identidad y libertad antes impensados. El narrador opta por dejar la palabra al personaje, hacer de vocero o simplemente desaparecer. Al mismo tiempo, el sujeto aparece escindido, dividido, fragmentado. Este doble proceso, de desintegración del narrador y de fragmentación del sujeto, culmina con José Donoso y *El obscuro pájaro de la noche*. Narrador y sujeto terminan por estallar, adentrándose en el territorio fronterizo de lo monstruoso. Sin embargo, cuando el sujeto es desintegrado en un movimiento regresivo (el del Mudito), también se despliegan las condiciones que permiten entrever la *construcción* de ese sujeto. A esta primera “puesta en visibilidad” Morales añade una segunda: la de que no hay sujeto fuera del lenguaje. Donoso cierra de este modo la fase vanguardista y crea las condiciones de aparición de la fase posmoderna.

La obra donosiana permite así entrever la construcción del sujeto *en y por el discurso*, reuniendo, de cierta manera, las afirmaciones anteriores. La identidad de este sujeto es nómada y múltiple, jamás alcanza una estabilidad que le dé completud, porque está siempre haciéndose a sí misma. Y en esto es posible reconocer una crítica a la identidad chilena, que se encuentra *en jaque*. En esto sigo a Diamela Eltit:

Las existencias siempre precarias de sus personajes [los de Donoso] buscan coexistir con lo opuesto, con lo “otro” como clase o como sexo o como pensamiento, pues la identidad –chilena– está en jaque y sólo puede ser completada bajo la forma de una cierta cansada derrota. (s.p.).

En la misma línea, Rodrigo Cánovas señala (refiriéndose a *El lugar sin límites*) que la novela se encuentra “vinculada a la exhibición de un orden cultural en crisis” (87), donde todo el edificio cultural, estructurado en forma binaria, es eclipsado. En esto concuerda también el crítico argentino Santiago Morcillo. En el instante en que las categorías binarias del pensamiento occidental son desmontadas, se desmonta también la división normativa entre ámbito masculino y femenino, amo y esclavo. Con todos estos elementos quiero volverme hacia una revisión (bastante escueta) de una escena de *El lugar sin límites*, que sirve de ejemplo de las constantes circulaciones identitarias que atraviesan la novela.

El estudio de Morales aborda la obra de Donoso desde una reflexión sobre la mirada del testigo. Los instantes en que el testigo se vuelve protagonista de la narración, siempre

son momentos secretamente cargados de sentido desde el punto de vista, primero, de las relaciones entre patrón y sirviente como relaciones de poder, y segundo, de las relaciones entre el sujeto y el otro [...] La mirada aquí es un modo de relación donde quien mira y quien es mirado entran en sutiles relaciones que de algún modo los compromete porque los afecta [...] La mirada es un canal por donde circulan, y no en una sola dirección, las relaciones de poder. (Morales, “El testigo” 159).

El autor ejemplifica esto con una escena de intercambio de miradas en *El lugar sin límites*, entre Don Alejo, el testigo, hacendado dueño del pueblo, y la Manuela, la travesti protagonista del relato:

Don Alejo se acercó a la mesa. *Con sus ojos de loza azulina*, de muñeca, de bolita, de santo de bulto, miró a la Manuela, que se estremeció como si toda su voluntad hubiera sido absorbida por esa mirada que la rodeaba, que la disolvía. *¿Cómo no sentir vergüenza* de seguir sosteniendo la mirada de esos ojos portentosos *con sus ojillos parduzcos* de escasas pestañas? Los bajó. (73; las cursivas son mías, G.A.S.V).

Morales estima, y en esto concuerdo con él, que la escena ilumina las relaciones de poder que atraviesan el relato: el patrón, de ojos azules, mira a la Manuela (el sirviente) y ella se avergüenza de mirarlo con sus ojos café. El gesto de bajar los ojos es signo de sumisión. El poder, entonces, opera mediante una homoerotización de las relaciones entre patrón y sirviente: “Poder y seducción, o poder seductor, pero ejercido en un contexto de erotismo homosexual” (Morales, “El testigo” 160-161). Siguiendo a Morales, la mirada homosexualizada del testigo metaforiza “una relación ni accidental ni azarosa, ni, en último término, prescindible desde el punto de vista de la definición del orden del poder. Por el contrario, se trata de una relación inseparable de su estructura” (165). En la misma línea, el crítico brasileño José Carlos Barcellos señala que el homoerotismo masculino no se opone a formas hegemónicas de masculinidad; por el contrario, es posible (inclusive) encontrarlo íntimamente imbricado con ellas:

É preciso ainda estar aberto para reconhecer que o homoerotismo masculino não se opõe necessariamente as formas hegemônicas de masculinidade, mas, muitas vezes, está em estreita relação com as mesmas. (Barcellos 140).

¿Qué consecuencias tiene esta homoerotización en la constitución de las identidades? Morales sostiene constantemente, siguiendo la dialéctica del amo y el esclavo de Hegel, que las identidades de patrón y sirviente se constituyen una en referencia a la otra y viceversa:

No hay pues una identidad predeterminada y fija de patrón o de sirviente. En última instancia, son identidades azarosas *que no responden a ninguna esencia*. Quedan pues bien definidas nombrándolas con la palabra *máscara*. (Morales, “El testigo” 169).

¿Qué es el vestido rojo de la Manuela, sino la *máscara* que le permite transformarse en mujer? ¿Que son todas las identidades sino máscaras, que en sí mismas cuestionan la conformación cultural de lo nacional como una esencia única e inmutable?

## A modo de conclusión

Los dos modelos de historiografía literaria tratados aquí se desenvuelven en torno a los mismos conceptos, pero en sentidos opuestos. Ambos problematizan la identidad y lo nacional desde sus acercamientos a la literatura, pero de maneras radicalmente diferentes. *Grandes momentos de la literatura chilena* hace una clasificación “impresionista” (para usar una palabra de Morales) de la historia literaria chilena, es decir, superficial y atendiendo a factores extra-textuales. Apela desde ahí a una configuración esencialista y excluyente de la identidad nacional, que habría dado vida y coherencia a nuestra literatura en connivencia con esa identidad. El estudio de Morales, en cambio, hace hincapié en las fisuras de este discurso nacionalista, al mismo tiempo que visibiliza las fugas identitarias que permite la obra de Donoso. Los flujos identitarios materializados en sus novelas se disponen como un cuerpo crítico de la misma noción de nación defendida por Fernández. Ambos conjuntos textuales parecen así situarse desde posiciones teóricas e ideológicas contrapuestas. Sin embargo, lo que en verdad parece ser la raíz de su alejamiento son sus referentes críticos. Mientras el estudio de Fernández utiliza recursos analíticos muy anticuados, el trabajo de Morales sabe disponer de las herramientas proporcionadas a los estudios literarios desde el *linguistic turn*, en la década de 1960. Este texto espera aclarar estas diferencias y tomar partido decididamente por el segundo. Considero que sólo herramientas teóricas y analíticas actualizadas pueden dar cuenta de la literatura y la sociedad contemporáneas, sobre todo en lo que respecta a la proliferación de identidades. Pues allí existe un lugar de subversión política cuyo potencial aún es alto en América Latina.

## Bibliografía

Barcellos, José Carlos. “Homoerotismo e abjecao em *O lugar sem limites* de José Donoso”. *Literatura y Lingüística* 18 (2007): 135-144.

Barthes, Roland. “La muerte del autor”. <<http://www.cubaliteraria.cu/revista/laletradelescriba/n51/articulo-4.html>> (15 de julio 2011).

Brito, Eugenia. “Una tensión en el espacio crítico: Novela chilena contemporánea: José Donoso y Diamela Eltit de Leonidas Morales Toro”. *Taller de Letras* 36 (2005): 235-240.

Butler, Judith. *El grito de Antígona*. Barcelona: El Roure, 2001.

Butler, Judith. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós, 2007.

Cánovas, Rodrigo. “Una relectura de *El lugar sin límites*, de José Donoso”. *Anales de Literatura Chilena* 1.1 (diciembre 2000): 87-99.

Deleuze, Gilles, y Félix Guattari. *il mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos, 2010.

Derrida, Jacques. “La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas”. *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos, 1989. 383-401.

Donoso, José. *El lugar sin límites*. Santiago: Alfaguara, 1998.

Donoso, José. *El obsceno pájaro de la noche*. Santiago: Alfaguara, 1999.

Eltit, Diamela. “Danzas y festines”. *Imágenes donosianas. Ciclo homenaje en torno a la figura y obra de José Donoso*. Galería Gabriela Mistral. Santiago: División de Cultura, Ministerio de Educación, Departamento de Planes y Programas Culturales, 1994. <<http://es.scribd.com>> (17 de junio 2011).

Fernández Fraile, Maximino. *Grandes momentos de la literatura chilena. Historia de la literatura chilena: síntesis didáctica*. Santiago: Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, 2004.

Foucault, Michel. “¿Qué es un autor”. <<http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/15927/1/davila-autor.pdf>> (11 de julio 2011).

Mackenbach, Werner. “Introducción”. *Intersecciones y transgresiones: Propuestas para una historiografía literaria en Centroamérica. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas – I*. Ed. Werner Mackenbach. Guatemala: F&G Editores, 2008. ix-xxix.

Martínez Bonati, Félix. “El sentido histórico de algunas transformaciones del arte narrativo”. *Revista Chilena de Literatura* 47 (1995): 5-26.

Morales, Leonidas. *Novela chilena contemporánea: José Donoso y Diamela Eltit*. Santiago: Cuarto Propio, 2004.

Morales, Leonidas. “El testigo y su mirada”. *Mapocho* 56 (segundo semestre 2004): 157-170.



Morcillo, Santiago. “Despliegues de violencia y formas de territorialización de las sexualidades”. <<http://es.scribd.com>> (13 de junio de 2011).

Pinto, Julio, y Verónica Valdivia Ortiz de Zárata. *¿Chilenos todos? La construcción social de la nación (1810-1840)*. Santiago: LOM Ediciones, 2009.

Villalobos, Sergio. *Historia de los chilenos. Tomo I*. Santiago: Taurus, 2006.